

gracias; lo abracé con todas mis fuerzas para significárselas, y le supliqué me dijera su nombre para saber siquiera á quien era deudor de tan caritativas acciones; pero no lo pude conseguir, pues él me decía: ¡para qué tiene vd. que meterse en esas averiguaciones? Yo no trato de lisongear mi corazón cuando hago alguna cosa buena, sino de cumplir con mis deberes. Ni quiero conocer á mis enemigos para vengarme de ellos, ni deseo que me conozcan los que tal vez reciben por mi medio un beneficio; porque no exijo el tributo de su gratitud, pues la beneficencia en sí misma trae el premio con la dulce interior satisfacción que deja en el espíritu del hombre; y si esto no fuera, no hubiera habido en el mundo idólatras paganos que nos han dejado los mejores ejemplos de amor á sus semejantes. Conque escúcese vd. de esta curiosidad, y á Dios.

Viendo que me era imposible saber quien era por su boca, me despedí de él con la mayor ternura, acordándome de D. Antonio el que me favoreció en mi prisión, y me salí para la calle.

CAPITULO V.

En el que cuenta Periquillo la bonanza que tuvo: el paradero del escribano Chanfaina: su reincidencia con Luisa, y otras cosillas nada ingratas á la curiosidad de los lectores.

EALI pues, de la casa del trapiento medio confuso y avergonzado sin acabar de persuadirme cómo podía haber una alma tan grande debajo de un exterior tan indecente; pero lo había visto por mis ojos, y por mas que repugnara á mi ninguna filosofía, no podía negar su posibilidad.

Así pues, acordándome del trapiento y de mi amigo D. Antonio, me andube de calle en calle sin sombrero, sin chupa y sin blanca, que era lo peor de todo.

Ya á las once del día no veía yo de hambre, y para mas atormentar mi necesidad tuve que pasar por la Alcaicería, donde saben vds. que hay tantas almuercerías, y como los bocaditos están en las puertas provocando con sus olores el apetito, mi ansioso estómago piaba por soplarse un par de platos de tlemolillo con su pilon de tostaditas fritas; y así hambriento, goloso y desesperado me entré en un truquito indecente que estaba en la misma calle, en el que había juego de pillage. Hablaré claro, era un *arrastraderito* como aquel donde me metió Januario.

Entréme, como digo, y despues de colocado en la rueda, me quité el chaleco y comencé á tratar de venderlo, lo que no me costó mucho trabajo, en virtud de que estaba bueno y lo dí en la friolera de seis reales.

De ellos rehundí dos en un zapato para almorzar, y me puse á jugar los otros cuatro; pero con tal cuidado, conducta y fortuna, que dentro de dos horas ya tenía de ganancia seis pesos, que en aquellas circunstancias y en aquel jueguito me parecieron seiscientos. No aguardé mas, sino que fingiendo que salía á desaguar, tomé el camino del bodegon mas que de paso.

Me metí en él oliendo y atisbando las cazuelas con mas diligencia que un perro. Pedí de almorzar, y me embaulé cinco ó seis platitos con su correspondiente pulque y frijolillos; y ya satisfecho mi apetito me marché otra vez para el truco con designio de comprar un sombrero, que lo conseguí fácilmente y á poco precio; por señas de que no logré de esta aventura otra cosa que almorzar y tener sombrero, pues todo cuanto les había ganado lo perdí con la misma facilidad que lo había adquirido. De suerte que no tuve mas gusto que calentar el dinero, porque bien hecha la cuenta y á buen componer salí á mano: pues el sombrero me costó dos reales, y cuatro que gastaría en almuerzo y cigarros, fueron los seis reales en que vendí mi chaleco. Esto es lo que regularmente sucede á los jugadores: sueñan que ganan y al fin de cuentas no son sino unos depo-

sitarios del dinero de los otros, y esto es cuando salen bien, que las mas veces vuelven la ganancia con rédito.

A consecuencia de haberme quedado sin medio real, me quedé tambien sin cenar, y por mucho favor del coime pasé la noche en un banco del truco, donde no extrañé los saltos de las pulgás y ratas, las chinches, la música de los desentonados ronquidos de los compañeros, el pestífero zahumerio de sus mal digeridos alimentos, el porfiado canto y aletéo de un maldito gallo que estaba á mi cabecera, lo mullido del colchon de tablas, ni ninguna de cuantas incomodidades proporcionan semejantes posadas provisionales.

En fin, amaneci6 el dia, se levantaron todos tratando de desayunarse con aguardiente, segun costumbre, y yo adivinando qué haria para meter algo debajo de las narices, porque por desgracia, estaba con un est6mago robusto que deseaba digerir piedras y no tenia con que consolarlo.

En tan tristes circunstancias, me acordé que aun tenia rosario con su buena medalla de plata y unos calzoncillos blancos de bramante casi nuevos. Me despojé de todo en un rincon, y como cuando tenia hambre vendia barato, al primero que me ofreció un peso por ambas cosas se las solté prontamente antes que se arrepintiera.

Me fuí á un café donde me hice servir una tasa del tal licor con su correspondiente mollete, y á la vuelta dejé en el bodegon dos reales y medio depositados para que me diesen de comer al medio dia: compré medio de cigarros y me volví al truco con cuatro reales de principal, pero aliviado del est6mago y contento porque tenia segura la comida y los cigarros para aquel dia.

Fueron juntándose los cofrades de Birjan en la escuela, y cuando hubo una porcion considerable, se pusieron á jugar alegremente. Yo me acomodé en el mejor lugar con todos mis cuatro reales y comenzaron á correrse los albures.

Empecé á apostar de á medio y de á real, segun mi caudal,

y conforme iba acertando, iba subiendo el punto con tan buena suerte, que no tardé mucho en verme con cuatro pesos de ganancia y mi medalla que rescaté.

No quise exponerme á que se me arrancara tan presto como el dia anterior, y así sin decir ahí quedan las llaves, me salí para la calle y me fuí á almorzar.

Despues de esta diligencia, comencé á vagar de una parte á otra sin destino, casa, ni conocimiento, pensando qué haria ó donde me acomodaria siquiera para asegurar el plato y el techo.

Así me anduve toda la mañana, hasta cosa de las dos de la tarde, hora en que el est6mago me avisó que ya habia cocido el almuerzo y necesitaba de refuerzo; y así por no desatender sus insinuaciones, me entré á la fonda de un meson donde pedí de comer de á cuatro reales, y comí con desconfianza por si no cenara á la noche.

Luego que acabé me entré al truco para descansar de tanto como habia andado infructuosamente, y para divertirme con los buenos tacos y carambolistas; pero no jugaban á los trucos, sino á los albures en un rincon de la sala.

Como yo no tenia mejor rato que el que jugaba á las adivinanzas, me arrimé á la rueda con alguna cisca, porque los que jugaban eran payos con dinero y ninguno tan mugriento y desarrapado como yo.

Sin embargo, así que vieron que el primer albur que aposté fué de á peso, y que lo gané, me hicieron lugar, y yo me determiné á jugar con valor.

No me salió malo el pensamiento, pues gané como cincuenta pesos, una mescada, una manga y un billete entero de nuestra Señora de Guadalupe.

Quando me ví tan habilitado, quise levantarme, y salirme y aun hice el incapié por mas de dos ocasiones; pero como me veia acertado, y habia tanto dinero, me picó la codicia y me

clavé de firme en mi lugar, hasta que cansada la suerte de serme favorable, volvió contra mí el naípe y comencé á errar á gran prisa, de manera que si lo que tenia lo habia ganado en veinte albures, lo perdí todo en diez ó doce, pues queria adivinar á fuerza de dinero.

En fin, á las cuatro de la tarde ya estaba yo sin blanca, sin manga, sin mascada y hasta sin mi medalla. No me quedó sino el billete, que no hubo quien me lo quisiera comprar ni dándolo con pérdida de un real.

Se acabó el juego, cada uno se fué á su destino y yo me salí para la calle con un real ó dos que me dieron de barato.

Me encaminé á la Alcaicería al truquito de mi conocido, y despues de darle un real por la posada, me salí á andar las calles porque no tenia otra cosa que hacer. A las nueve de la noche cené de á medio, y me fuí á acostar. Pasé una noche de los perros, lo mismo que la anterior. A otro dia me levanté y me estuve asoleando en la puerta del truco hasta las diez, hora en que viendo que no habia quien me convidara á almorzar, ni teniendo con que ingeniarme, pues el que mas me ofrecia, era habilitarme sobre la camisa, la que no tuve valor de desnudarme, me fuí á andar, fiado en el refrancillo que dice: perro que no anda no topa hueso.

Ya iba yo por esta calle, ya por la otra, sin destino fijo y sin serme de provecho tanto andar, hasta que pasando por la calle de Tiburcio ví mucha gente en una casa en cuyo patio habia un tablado con dosél, sillas y guardias. Como todos entraban, entré tambien y pregunté ¿qué era aquello? Dijéronme que se iba á hacer la rifa de nuestra señora de Guadalupe. Al momento me ocordé de mi billete, y aunque jamás habia confiado en tales suertes, me quedé en el patio, mas bien por ver la solemnidad con que se hacia la rifa, que por otra cosa.

En efecto se comenzó esta, y á las diez ó doce bolas fué saliendo mi número (que me acuerdo era 7596) premiado con



tres mil pesos. Yo paraba las orejas cuando lo estaban gritando, y cuando lo fijaron en la tabla hasta me limpiaba los ojos para verlo; pero cerciorado de que era el mismo que tenia, no sé como no me volví loco de gusto, porque en mi vida me habia visto con tanto dinero.

Salí mas alegre que la pascua florida y me encaminé para el truquito porque por entonces no tenia mejores conocimientos que el coime y los concursantes del juego, pues aunque cada rato encontraba muchos de los que antes se decian mis amigos, una veces hacia yo la del cohetero por no verlos de vergüenza, y otras, que eran las mas, ellos hacian que no me veian á mí, ó ya por no afrentarse con mi pelage, ó ya por no exponerse á que les pidiera alguna cosa.

Fuíme pues, á mi conocido departamento, donde hallé ya formada la rueda de tahures y á mi amigo el coime presidiendo con su alcancía, cola, barajas, jabon, tijeras y demás instrumentos del arte.

Como el dinero infunde no sé que extraño orgullo, luego que entré los saludé no con encogimiento como antes, sino con un garvete que parecia natural. ¡Cómo va amigo coime? ¡Qué hay camaradas? Les dije. El y ellos apenas alzaron los ojos á verme, y haciéndome un dengue como la dama mas afiligranada, volvieron á continuar su tarea sin responderme una palabra.

Yo entonces apreté las espuelas al caballo de mi vanidad, y como rabiaba por participarles mi fortuna, les dije: ¡Ola! ¡Ninguno me saluda he? Pero ni es menester. Gracias á Dios que tengo mucho dinero y no necesito á ninguno de vds. Uno de los jugadores, que ese dia asistia á la mesa, me conoció como que fué mi condiscípulo en la primera escuela y sabia mi nombre, y al oír la fanfarronada mia, me miró, y como burlándose me dijo: ¡O Periquillo, hijo! ¡Tú eres? ¡Caramba! ¡Conque estás muy adinerado? Ven, hermano, siéntate aquí-junto de mí, que algo mas me ha de tocar de tu dinero que á las ánimas.

Me hizo lugar y yo admití el favor; pero que mondada llevó él y los demás cuando advirtieron que dejé correr ocho ó diez albuces y no aposté un real. Entonces el condiscípulo me dijo: ¿pues dónde está el dinero, Periquillo? Está en libranza, dije yo. ¿En libranza?—Y muy segura, y no es de cuatro reales, sino de tres mil pesotes. Diciendo esto les mostré mi billete, y todos se echaron á reír no queriendo persuadirse de mi verdad, hasta que por accidente entró allí un billettero con una lista, y yo le supliqué me la prestara para ver si había salido aquel billete.

De que el coime y los tahures vieron que en efecto era cierto lo que les había dicho, toda la escena varió en el momento. Se suspendió el juego, se levantaron todos, y uno me da un abrazo, otro un beso, otro un apretón, y cada cual se empeñaba por distinguirse de los demás con las demostraciones de su afecto.

La noticia sola de que iba á tener dinero, me hizo no haber menester nada desde aquel instante sin costarme blanca; porque me dieron de almorzar grandemente, me regalaron dos ó tres cajillas de cigarros finos, me facilitaron dinero para jugar, y eso empeñando sus capotes el coime y otros; bien que esto no lo quise admitir, dándoles las gracias con aire de rico, considerando que aquellos favores los dirigía el interés, y aun no tenía un peso cuando ya mi cabeza estaba llena de viento, y me pesaba la amistad de aquellos pobretes trapientos.

Sin embargo, como los había menestar á lo menos aquel día, permanecí con ellos ofreciendo á todos mi protección con intento de no cumplir á nadie mi promesa, y ellos me adulaban á porfía, confiando en que los tres mil pesos se repartirían entre todos á prorrata, y aun creo que ya estaban haciendo las cuentas de en lo que los habían de gastar.

Finalmente: comí, bebí, cené y chupé todo el día sin que me costara nada. A la noche no permitió el coime que durmiera en el banco pelado como las dos noches anteriores, sino que á

fuerza me cedió su cama acostándose él sobre la mesa del truco, y apenas insinué que me incomodaba el canto del gallo, cuando lo echaron á la calle.

En un colchon, á lo menos, blando, con sus sábanas, colcha y almohada no pude dormir; toda la noche se me fué en proyectos. A las cuatro de la mañana me quedé dormido, y voluntariamente desperté como á las ocho del día, y advertí que ya estaban todos jugando y guardando un silencio poco usado entre semejante gente. Me aproveché de su atención, me hice dormido y oí que hablaban sobre mí aunque en voz baja. Uno decía: yo tengo esperanzas de sacar todas mis prendas con esta lotería. Otro: si de ese dinero no me hago capote, ya no me lo hice en mi vida. Otro: espero en Dios que en cuanto cobre señor Perico el dinero nos remediamos todos. Y cómo que sí, decía el coime; lo bueno es que él es medio crestón: lo que importa es hacerle la barba.

Así discurrían todos contra los pobres tres mil pesos, y yo que no veía las horas de cobrarlos, hice que me estiraba y despertaba. Alcé la cabeza y no los había acabado de saludar, cuando ya tenía delante café, chocolate, aguardiente y bizcochos para que me desayunara con lo que apeteciera. Yo tomé el café, dí las gracias por todo y me fuí á cobrar mi billete.

Querían hilbanarse conmigo diez ó doce de aquellos leperuscos; pero yo no sufrí mas compañía que la del condiscípulo, que ya no me decía Periquillo, sino Pedrito; y por fortuna de él advertí que no habló una palabra que manifestara interés á mi dinero.

Llegué con él á cobrar el billete, y no solo no me lo pagaron, sino que al ver nuestro pelage desconfiaron no fuera hurtado, y dándome el mismo número y un recibo, me lo detuvieron exigiéndome fiador.

¿Quién me había de fiar á mí en aquellas trazas, no digo en tres mil pesos, pero ni en cuatro reales? Sin embargo, no

desesperé: me fui para el meson donde habia jugado y comprado el billete dos dias antes, y luego que entré y me conocieron los tahures y el coime, comenzaron á pedirme las albricias con muchas veras, porque el billeteo ya les habia dicho como habia salido premiado con tres mil pesos el número que habia vendido allí.

Yo al ver que sabian todos lo que les queria descubrir, les dije: camaradas, yo estoy pronto á pagar las albricias; pero es menester que vds. me proporcionen un fiador que me han pedido en la loteria; pues como soy pobre, se desconfia de mí, y no se crée que el billete sea mio, y aun me lo han detenido.

Pues eso es lo de menos, dijo el coime: aquí estamos todos que vimos comprar á vd. el billete, y el billeteo que lo vendió que no nos dejará mentir. A este tiempo entró el dueño del meson, y sabedor del asunto, de su voluntad hizo llevar un coche, y mandándome entrar con él, fuimos á la loteria en donde quedó por mí y me entregaron el dinero.

Cuando nos volvimos, me decia en el coche el señor que me hizo favor de cobrarlo: amigo, ya que Dios le ha dado á vd. este socorro tan considerable por un conducto tan remoto, sepa aprovechar la ocasion y no hacer locuras, porque la fortuna es muy celosa, y en donde no se aprecia no permanece.

Estos y otros consejos semejantes me dió, los que yo agradecí suplicándole me guardase mi dinero. El me lo ofreció así, y en esto llegamos al meson.

Subió el caballero mi plata dejándome cien pesos que le pedí, de los que gasté veinte en darles albricias al coime y compañeros, y comer muy bien con mi fámulo y discípulo que se llamaba Roque.

A la tarde me fui con él para el Parian, en donde compré camisa, calzones, chupa, capa, sombrero y cuanto pude y me hacia mas falta: y todo esto lo hice con la ayuda de mi Roque que me pintó muy bien. Volvimos al meson donde tomé

un cuarto, y aunque no habia cama, cené y dormí grandemente y me levanté tarde á lo rico.

Luego que nos desayunamos, puse un recibo de quinientos pesos y se lo envié al señor mi depositario, quien al momento me remitió el dinero, salí con cien pesos y á poco andar hallé una casa que ganaba veinte y cinco mensuales, la que tomé luego luego, porque me pareció muy buena.

Despues me llevó Roque á casa de un almonedero con quien ajustó el ajuar en doscientos pesos, con la condicion de que á otro dia habia de estar la casa puesta. Le dejamos veinte pesos en señal y fuimos á la tienda de un buen sastre, á quien mandé hacer dos vestidos muy decentes, encargándole me hiciera favor de solicitar una costurera buena y segura, la que el sastre me facilitó en su misma casa. Le encargué me hiciera cuatro mudas de ropa blanca lo mejor que supiera, y que fueran las camisas de estopilla y á proporcion lo demás: le dí al sastre ochenta pesos á buena cuenta y nos despedimos.

Roque me dijo, que él me serviria de ayuda de cámara, escribiente y cuanto yo quisiera, pero que estaba muy trapiendo. Yo le ofrecí mi proteccion y nos volvimos á la posada.

Comimos muy bien, dormimos siesta, y á las cuatro me eché otros cien pesos en la bolsa y nos salimos al Parian, donde habilité á Roque de algunos trapillos regulares, y compré un reloj que me costó no sé cuanto; pero ello fué que me sobró un peso con el que fuimos á refrescar, y despues volvimos al meson, saqué dinero y nos fuimos á la comedia.

Despues de esta, cenamos en la fonda, tomamos vino y nos fuimos á acostar.

Así se pasaron cuatro ó cinco dias sin hacer mas cosa de provecho que pasear y gastar alegremente. Al fin de ellos entró el sastre al meson y me entregó dos vestidos completos y muy bien hechos de un paño riquísimo: las cuatro mudas de ropa como yo las queria, y la cuenta, por la que salia yo restando ciento y pico de pesos. No me metí en averiguaciones,

sino que le pagué de contado y aun le dí su gala. ¡Qué cierto es que el dinero que se adquiere sin trabajo, se gasta con profusion y con una falsa liberalidad!

A poco rato de haberse despedido el sastre, entró el almonedero avisando estar la casa ya dispuesta, que solo faltaba ropa de cama y criados: que si yo queria, me lo facilitaria todo segun le mandara, pero que necesitaba dinero.

Dijele que sí: que queria las sábanas, colcha, sobrecama y almohadas nuevas, una cocinera buena y un muchacho mandadero; pero todo cuanto antes. Le dí para ello el dinero que me pidió y se fué.

Aquel dia lo pasé en ociosidad como los anteriores, y al siguiente volvió el almonedero diciéndome que solo mi persona faltaba en la casa. Entonces mandé á Roque trajera un coche, y pasé á la vivienda de mi depositario tan otro y tan decente que no me conocia á primera vista.

Cuando se hubo certificado de que yo era me dijo: no me parece mal que vd. se vista decente; pero seria mejor que arreglara su trage á su calidad, destino y proporciones. Supongo que por lo primero no desmerece vd. ese ni otro mas costoso; pero por lo segundo, esto es, por sus cortas facultades creeré que propasa los límites de la moderacion, y que á diez ó doce vestidos de estos le ve el fin á su principal. Es cierto que el refran vulgar dice: *vístete como te llamas*; y así vd. llamándose D. Pedro Sarmiento y teniendo con qué, debe vestirse como D. Pedro Sarmiento, esto es, como un hombre decente pobre; pero ahora me parece vd. un marqués por su vestido, aunque sé que no es marqués ni cosa que lo valga por su caudal.

El querer los hombres pasar rápidamente de un estado á otro, ó á lo menos el querer aparentar que han pasado, es causa de la ruina de las familias y aun de los estados enteros. No crea vd. que consiste en otra cosa la mucha pobreza que se

advierde en las ciudades populosas, que en el lujo desordonado con que cada uno pretende salirse de su esfera.

Esto es tan cierto como natural, porque si el que adquiere, por ejemplo, quinientos pesos anuales por su empleo, comercio, oficio ó industria, quiere sostener un lujo que importe mil, necesariamente que ha de gastar los otros quinientos por medio de las drogas, cuando no sea por otros medios mas ilícitos y vergonzosos. Por eso dice un refran antiguo: *que el que gasta mas de lo que tiene, no debe enojarse si le dijeren ladron.*

Las mugeres poco prudentes no son las menos que contribuyen á arruinar las casas con sus vanidades importunas. En ellas es por lo comun en las que se ve el lujo entronizado. La muger ó hija de un médico, abogado ú otro semejante quiere tener casa, criados y una decencia que compita, ó á lo menos iguale á la de una marquesa rica; para esto se compromete el padre ó el marido de cuantos modos le dicta su imprudente cariño, y á la corta ó á la larga resultan los acreedores; se echan sobre lo poco que existe; el crédito se pierde, y la familia perece. Yo he visto despues de la muerte de un sujeto, concursar sus bienes, y lo mas notable, haber tenido lugar en el concurso el sastre, el peluquero, el zapatero, y creo que hasta la costurera y el aguador, porque á todos se les debía. Con semejantes avispas ¡qué jugo les quedaria á los pobres hijos? Ninguno por cierto. Estos perecieron como perecen otros sus iguales. Pero ¡qué habia de suceder si cuando el padre vivia no alcanzaban las rentas para sostener coche, palco en el coliséo, obsequios á visitas, gran casa, galas y todos los desperdicios accesorios á semejantes francachelas? La llaga estuvo solapada en su vida: los respetos de su empleo para con unos, y la amistad ó la adulacion para con otros de los acreedores, los tuvieron á raya para no cobrar con exigencia; pero cuando murió, como faltó á un tiempo el temor y el interes, cayeron sobre los pocos bienecillos que habian quedado, y dejaron á la viuda en un petate con sus hijos.